

comun de las colonias españolas: tercero; y por último, recurrir á medios extremos, es decir, destronar á los Borbones, imponer á los españoles una dinastía nueva, no pidiéndoles ningun sacrificio de territorio, ninguna ventaja comercial, y contentándose por único resultado con haber enlazado estrechamente los destinos de España á los de Francia.

De estos tres partidos ninguno era bueno, (diremos muy luego por que); pero estaban muy distantes de ser igualmente malos.

Conceder á Fernando una princesa francesa, añadiendo á este favor el de derribar á Godoy, sin hacer pagar esta doble satisfaccion con ningun género de sacrificio, hubiera sido trasportar de júbilo á la nacion española, adquirir por algun tiempo su adhesion absoluta, y asegurarse su enérgico apoyo contra todo ministro que no marchase francamente en sentido de la política francesa. Pero el agradecimiento de los pueblos es tan poco duradero como el de los individuos: el ódio de los españoles se hubiera reanimado en cuanto se borrara la idea de los beneficios de Napoleon, y Fernando que tenia todos los defectos del caracter español, sin sus buenas cualidades, hubiera llegado á ser muy en breve tan enemigo de la Francia como don Manuel Godoy. Su poca capacidad y su pereza, le habrian hecho los consejos de Napoleon tan incómodos como en aquel momento lo eran para el favorito. Despues de algunos dias de vivo agradecimiento, las cosas hubieran tomado su antiguo curso: ignorancia, ódio á las mejoras, envidia de la superioridad estrangera, habrian sido, como en lo pasado, los caracteres del gobierno español bajo el nuevo rei-

nado. Es cierto que se hubiera colocado cerca del trono una princesa francesa para repetir los buenos consejos que se daban desde Paris, pero debería hallarse dotada de una superioridad bien extraordinaria para resistir á tendencias tan contrarias, y aun aquella superioridad la hubiera hecho tal vez odiosa. Lo pasado no podia ofrecer ninguna seguridad á una princesa francesa, que se presentase en España con nobles y atractivas cualidades. Además, no se forman á voluntad princesas enriquecidas con todos los dones de la naturaleza, y las de que Napoleon podia servirse entonces, no anunciaban las brillantes facultades que la situacion haria tan necesarias á su papel, como peligrosas para ellas mismas.

El segundo proyecto, que consistia en exigir por precio del matrimonio, de la caída del favorito y de la cesion de Portugal, sacrificios considerables, como la cesion de las provincias del Ebro, y el que se abriesen á los franceses las colonias españolas, no era mas que el primer proyecto mucho mas gravoso. Las provincias del Ebro, ofrecian una ventaja mas aparente que real, porque por razon de su proximidad, eran las que menos querian á los franceses. Aun con el trascurso del tiempo no hubieran contraido aficion alguna á la Francia, asi como los milaneses no han amado jamás al Austria. Los Pirineos les hubieran recordado continuamente que no eran francesas sino españolas, y lejos de contribuir con un soldado ó con un peso duro, hubieran costado muchos hombres y dinero para custodiarlas. La dominacion que pudieran haber asegurado á la Francia sobre la España, era completamente ilusoria, por lo menos bajo el

reinado de Napoleon. Salir de Pamplona ó de Zaragoza, en vez de efectuarlo desde Bayona, para marchar á Madrid, no constituia una diferencia bastante grande para que pudiera creerse que la España pasaba de esta manera del estado de independencia al de sumision: por el contrario, se hubiera exasperado á los españoles con aquella desmembracion de territorio; se habria emponzoñado de tal modo su alegría de ver unido á Fernando con una princesa francesa, y caido al favorito, que se hubiera hecho nacer la ingratitud desde el primer día. Lisboa perderia á sus ojos su atractivo, si hubiera sido necesario pagarla con Zaragoza ó Barcelona. En cuanto á que se franqueasen las colonias españolas á los franceses, era una ventaja demasiado importante para ser deseada, pero muy fácil de obtener sin escitar resentimiento alguno, si fuese el único precio exigido por el Portugal, el matrimonio y la caída del favorito. Este segundo proyecto, no tenia, pues, ni aun el mérito de adherir la España á la Francia ni un solo día, y la esponia, por algunas cesiones territoriales imposibles de conservar, al odio eterno de los españoles.

El tercer proyecto, á que Napoleon parecia hallarse inclinado de una manera irresistible, consistia en destronar á los Borbones, reunir definitivamente la Francia y la España por el establecimiento de una misma dinastia, en regenerarla para hacerla útil, bien á sí misma, bien á la causa comun, en no quitarla nada, antes por el contrario darla el Portugal, derribar al favorito é introducir reformas interiores: en una palabra, en renovar la máxima política de Luis XIV, de que no hay nada

demasiado grande para un hombre que ha pasado ya los límites conocidos de la grandeza. Esta política, aunque no tenia nada demasiado grande para Napoleon, era, preciso es reconocerlo, la política natural de la Francia. Reunir bajo un mismo espíritu, y un mismo interés, todo el Occidente, es decir, la Francia y las dos penínsulas italiana y española; oponer su poder continental á la coalicion de las córtes del Norte, y su poder marítimo, á las pretensiones de la Inglaterra, era seguramente la verdadera, la legitima ambicion que hubiera debido desearse en Napoleon, y la que hubieran justificado las reglas de la sana política, aunque no hubiese tenido buen resultado. Pero el castigo del pródigo que ha hecho gastos insensatos, es el de no poder subvenir á los mas necesarios. Napoleon, por haber acometido en el Norte una empresa inmensa, exorbitante, fuera de los verdaderos intereses de la Francia, como el constituir una Alemania francesa con gran disgusto de los pueblos alemanes, y emprender la restauracion de la Polonia á pesar de la oposicion del Austria y de la Prusia, iba á carecer de las fuerzas que exigieran los mas profundos pensamientos políticos. En efecto, en aquel mismo momento, se veia obligado á conservar trescientos mil hombres entre el Oder y el Vistula, para asegurarse la sumision de la Alemania y la alianza de la Rusia, y ciento veinte mil en Italia, para quitar al Austria la idea de volver á pasar los Alpes. Si ademas le eran necesarios ciento ó doscientos mil hombres para contener á la España, para arrojar de ella á los ingleses, que iban á encontrar una estancia cómoda y segura, pues para llegar allí no tenian mas que atra-

vesar el golfo de Gascuña; si tenia que emplear estos diversos ejércitos en Alemania, Italia y España, necesitaba una masa de ochocientos á novecientos mil hombres, y de ella debia resultar un aumento de cuidados, esfuerzos y mando, á que por último no bastarian ni la Francia, ni su mismo génio.

Lo que estaba sucediendo entonces era una prueba inequívoca de esta verdad, pues que para proporcionarse tropas sin disminuir el grande ejército y sin desguarnecer la Alemania y la Italia, Napoleon se veia reducido á ingeniarse de mil modos, y hasta entonces no habia logrado encontrar mas que conscriptos mandados por oficiales sacados de los depósitos, ó retirados. Este era ya un fuerte indicio de la situacion que Napoleon se habia creado multiplicando desmesuradamente sus empresas. Otra circunstancia debia agravar mas aquella insuficiencia de recursos. La sumision de la córte de España, aunque mezclada de muchas traiciones secretas, y aunque habia quedado reducida á la nulidad, por la incapacidad de la administracion española, tenia todas las apariencias de la mas completa adhesion. Napoleon no podia, pues, alegar ninguna queja especiosa contra la córte del Escorial, y el acto dictatorial de destronar á Carlos IV, por razones muy políticas, es cierto, pero contrarias á la equidad, difíciles de hacer comprender al pueblo, y que ademas necesitaban el resultado definitivo para ser admitidas, podia producir el alzamiento de una nacion altiva y animada de un odio ardiente contra el estrangero. Se esponia, pues, á irritar su sentimiento moral, y para contenerla eran necesarios mas recursos de

los que entonces podia disponer Napoleon. No se necesitaban en semejante caso jóvenes conscriptos, valientes sin duda alguna, pero de presencia poco imponente; era preciso valerse de soldados viejos, capaces de inspirar terror por su número y su aspecto, y que apoderándose de improvise y simultáneamente por varios puntos de la Península amedrentada, impidiesen estallar la indignacion pública, contuviesen al populacho, semi-salvaje de España (1), y diesen, en fin, á la clase media, que deseaba un nuevo orden de cosas, y se inclinaba á esperarle de la Francia, el tiempo de confirmarse

(1) Siguiendo el ejemplo que nos dá Mr. Thiers, podríamos devolver con creer los dictados injuriosos que prodiga á los españoles, sin tomarnos mas trabajo que el de confrontar la historia de España con la francesa, donde por cierto no escasean los hechos inauditos de atrocidad y de barbarie. Si alguna vez hubiésemos dudado de la exactitud con que el célebre autor del *Libro de los oradores* califica á Mr. Thiers de viagero rápido de ideas, que despues de dado la vuelta al mundo ha aprendido poco, habria cesado esta duda al repasar las páginas de este tomo. A no haber sido testigos de la asombrosa celeridad con que en 1846 atravesó Mr. Thiers nuestra Península, adonde vino con el esclusivo objeto de recorrer los lugares que habian sido teatro de los grandes hechos de armas en la guerra de la independendencia, y con el de beber en la misma fuente las noticias que necesitaba para la continuacion de su historia del *Consulado y del Imperio*, nos habria parecido increíble que un escritor tan concienzudo como él, hubiese incurrido en los errores geográficos en que incurre con respecto á España, como mas adelante verán nuestros lectores, y hubiese hablado con la ligereza con que lo hace del carácter y costumbres de los españoles.

en sus opiniones y de difundirlas en derredor suyo. Con todas estas condiciones el acto extraordinario á que se veía obligado Napoleon, tenia probabilidades de buen éxito, y prevenido de este modo el primer movimiento revolucionario, la nacion española hubiera ido reconociendo poco á poco los beneficios que la Francia trataba de dispensarla. Pero intentado con menos fuerzas este proyecto, podia ser el principio de una série de desastres.

Habia tambien otra condicion necesaria para el buen resultado de aquella empresa, y era la de conservar en toda su intimidad la nueva alianza que Napoleon acababa de concluir en Tilsit; porque si se veía precisado á volver á comenzar la campaña de Austerlitz ó la de Friedland, mientras se hallaba ocupado en los asuntos de España, ademas de la dificultad de vencer en aquellas dos estremidades del mundo europeo, se imponia una doble tarea, y era hacer la segunda mucho mas difícil, porque los españoles debian reanimarse extraordinariamente con cualquiera guerra que se suscitase en el Norte. Era, pues, indispensable, por costosa que fuese la condescendencia que se manifestase con la ambicion de Alejandro, tomar un partido y evitar el inconveniente de la dispersion de las fuerzas francesas, comprando á cualquier precio el concurso del gran imperio del Norte; en una palabra, pagar con la Moldavia y la Valaquia la posibilidad de destronar impunemente á los Borbones de España.

En fin, aun quando se hubiesen reunido todas estas condiciones, quedaba un peligro grave, gravísimo para la España y para la Francia, la pérdida posible y aun probable de las ricas colonias

españolas. Aquellas colonias se hallaban ya efectivamente minadas por el espíritu revolucionario. El ejemplo de los Estados Unidos habia desarrollado fuertemente en ellas su inclinacion á la independencia, y la vergonzosa incuria de la metrópoli, que las dejaba sin defensa, las predisponia cada vez mas á sacudir su yugo. Era, pues, de temer que una dinastía nueva é impuesta á la nacion, les diese el pretexto que buscaban para insurreccionarse, y que la proteccion inglesa les facilitase, los medios. En este caso, bien sencillo de prever, la España, hasta que se procurase nuevos manantiales de prosperidad, iba á quedar arruinada, y la Francia no habria hecho mas que enriquecer al comercio inglés con todas las ventajas que debia proporcionarle la explotacion de las vastas colonias españolas.

Tales eran los tres planes entre que tenia que escoger Napoleon: todos presentaban sus inconvenientes, porque el primero, que hubiera colmado todos los votos de los españoles, desembarazándoles del favorito, asegurándoles la proteccion del emperador por medio de un matrimonio francés, y dándoles á Lisboa sin compensacion territorial, tal vez no habria sido mas que un engaño. El segundo, que tendria que pagarse con un cruel sacrificio de territorio los hubiera sublevado. Por último, el tercero que resolvía la cuestion de una manera decisiva, que unia definitivamente á la Francia y la España, que regeneraba á esta sin exigirla mas sacrificio que el de una dinastía envilecida, podia tambien causar turbulencias en la nacion, y en tal conflicto era necesario disponer de fuerzas que Napoleon no tenia preparadas, y

ofrecia al mismo tiempo el inconveniente de poner en sumo riesgo á las colonias españolas.

Considerado todo detenidamente, lo mejor que podia haber hecho Napoleon, era adoptar el primer plan, es decir, librar á la España del favorito, concederla una princesa francesa, y cederla el Portugal sin exigirla en cambio las provincias del Ebro, lo cual hubiera llevado hasta el delirio la alegría de la nacion, y pedir cuando mas que se franqueasen las colonias, ó tal vez la cesion de las islas Baleares ó de las Filipinas, de que no sacaba ningun partido: ventajas importantes las únicas apetecibles que hubiera concedido sin disgusto y sin que se alterasen en manera alguna sus sentimientos hácia la Francia. El reconocimiento podia haber durado poco, pero se habria conservado lo bastante para llegar á la conclusion de la guerra marítima, y obtener durante el último periodo de ella, la cooperacion sincera de los españoles contra los ingleses, para adquirir á sus propios ojos el derecho de exigirla, y si no se obtenia, el de castigar á los ingratos.

Pero este plan, el único prudente, porque era tambien el único que no añadia nuevas empresas á las que sobrecargaban ya el imperio, no era aprobado por Napoleon, cuyos secretos deseos contrariaba, ni por Mr. de Talleyrand que no tenia valor para apoyarle, aunque principiaba ya á asustarse de las consecuencias que podria tener la política que anteriormente habia fomentado. Para recobrar el favor imperial, se le vió adoptar con complacencia todas las ideas de Napoleon, hacerse el confidente de sus secretos, y su sufrido interlocutor; mas entonces, como la prudencia

contrabalanceaba en él al deseo de agradar, titubeaba, y buscaba en el segundo proyecto un término medio que conciliase los deberes del cortesano y del hombre de estado. Aparentaba creer que no debia empeñarse demasiado en los asuntos de la Península; que era preciso sacar de la España lo que se pudiese; dejarla luego entregada á sí misma, sin pretender el honor de regenerarla; darla una princesa francesa, puesto que la queria desembarazarla del favorito, pues que no deseaba nada mas; y por último, abandonarla la parte que habia quedado reservada del Portugal, muy distante de Francia para poder conservarla y hacerse la pagar con el Aragon, Cataluña, las Baleares, la apertura de las colonias españolas, y despues de indemnizarse de lo que se hubiere dado, dejarla que hiciese lo que gustase, observándolo todo desde las murallas de Barcelona, Zaragoza y Pamplona (1). De este modo procuraba Mr. de Talleyrand separar á Napoleon de la senda fatal en que le habia lanzado. Pero éste, que juzgaba con madurez aquel plan porque no le gustaba, veia en él tanto peligro como adoptando el último; porque quitar á los españoles Barcelona, Pamplona y

(1) Esto explica, por que Mr. de Talleyrand, despues de lisonjear mas que nadie la inclinacion de Napoleon á mezclarse en los asuntos de España, sostuvo luego que no habia aprobado lo que se hizo en aquella época. El fué el único que indujo á Napoleon á cambiar el estado de las cosas en España, lo cual hacia casi inevitable el destronamiento de los Borbones: este hecho se halla justificado con documentos auténticos, aunque es verdad, que los despachos en que Mr. de Talleyrand da cuenta de sus negociaciones con el señor Izquierdo, prueban que

Zaragoza, era tan difícil á sus ojos, como quitarles su dinastía envilecida. Volvia, pues, siempre é irresistiblemente á la idea de espulsar á los Borbones del último trono que los quedaba en Europa, y estaba persuadido de que era preciso aprovechar el momento en que lo podia todo en el continente, en que la Inglaterra acababa de autorizarlo todo con su conducta en Copenhague, y en que se encontraba joven, victorioso, obedecido y favorecido por la fortuna, para completar su sistema dando un gran golpe á la dinastía española; despues de lo cual descansarían él, el ejército, la Francia y el Occidente, radiantes de gloria, satisfechos del orden que hubiese establecido, y de las sábias reformas introducidas. Calculaba además, que en todo evento la dificultad no debía superar en mucho á la que habia tenido que vencer en Nápoles; y que aun suponiendo á los españoles tan intrépidos como los bandidos de la Calabria, bastaria triplicar ó cuadruplicar la estension de aquel país, y en lugar de veinte y cinco mil franceses, figurarse que serian necesarios cien mil, para formarse una idea de los obstáculos que tendria

preferia el matrimonio de Fernando y la adquisicion de las provincias del Ebro, al partido mas decisivo de derrocar á los Borbones. Apoyándose en este equivoco, Mr. de Talleyrand decia que no habia aprobado la empresa contra la Peninsula, y sin embargo, no por eso dejaba de animar á ella á Napoleon, cuando los hombres mas dignos de confianza, como el archicanciller Cambaceres, hubieran querido disuadirle; y no era por cierto el mejor medio de descargar su responsabilidad preferir, despues de haberle impelido á aquella empresa, la peor de las tres soluciones posibles.

que vencer: que sus jóvenes soldados, que en todas partes habian dado pruebas de que valian tanto como las mejores tropas europeas, lograrían ciertamente vencer á unos españoles degenerados, y que destinando á los depósitos otra conscripcion mas, tendria con exceso los cien mil hombres necesarios para esta nueva empresa: que el grande ejército permaneceria intacto entre el Oder y el Vístula para contener á la Europa: que abandonando la Finlandia á la Rusia, y prometiéndola la Moldavia y la Valaquia, le asegurarian la cooperacion del emperador Alejandro para llevar á cabo sus designios: y finalmente, que lo que queria hacer en España no era mas que sacar la última consecuencia de sus victorias, el establecimiento definitivo de su familia, y el complemento de su destino.

Sin embargo, á su regreso de Italia en enero de 1808, y aun despues del proceso del Escorial, Napoleon no habia tomado irrevocablemente su partido, y repetidas veces le dominaba la idea de un matrimonio que reuniese las dos casas, cuando un incidente de familia opuso á esta combinacion una especie de imposibilidad material. Como acabamos de decir, Napoleon habia llamado á París á la hija del primer matrimonio de Luciano, que fué enviada para no hacerla victima de las disensiones de sus parientes; mas educada por desgracia en el destierro, oyendo con frecuencia amargas quejas contra el poderío de su familia, que se distribuía los tronos de Europa, sin acordarse de aquel hermano ausente y despreciado, aquella joven no llevaba á París los sentimientos que en ella se apetejian. Colocada al lado de la emperatriz madre,

que la prodigaba toda especie de cuidados, encontraba no obstante, en su abuela, cierta severidad, y en sus tías una indiferencia que no debían hacerla muy gratas unas personas á quienes se la había enseñado á temer mas bien que á amar. Así es, que en su correspondencia con sus parientes de Italia, se desahogaba del profundo pesar que experimentaba su alma. Napoleón, que en la suposición de que tal vez la enviaria á España á dividir su trono con el príncipe de Asturias, quería saber si tenía las disposiciones que convenían á su política, la hacia observar con cuidado, y había mandado que se abriese sus cartas en el correo. Apenas había llegado á París, cuando se la interceptaron cartas en que se espresaba muy desfavorablemente contra su abuela, sus tías, su tío Napoleón, y todos los individuos de la familia imperial. Cuando se entregaron aquellas cartas al emperador, se sonrió malignamente y convocó inmediatamente en las Tullerías á su madre, hermanos y hermanas, é hizo que en asamblea de familia se leyesen las cartas. Se divirtió mucho con la cólera que su lectura escitó en los testigos de aquella escena, bastante mal tratados en dicha correspondencia, pasando despues de una jovialidad ironica, á la mas fria severidad, exigió que su jóven sobrina volviese al lado de su padre en el termino de veinte y cuatro horas, y en efecto, al dia siguiente marchaba ya por el camino de Italia. No quedaba, pues, ninguna princesa de la casa Bonaparte que poder dar á la España, porque la señorita de Tascher, recientemente admitida en la familia imperial, no pertenecía á ella (1). Napoleón acababa

(1) La señora duquesa de Abrantes en sus Memorias,

de adoptar á aquella jóven, sobrina de la emperatriz Josefina, y de enviarla á Alemania, para casarse allí con el príncipe heredero de la casa de AreMBERG. En caso de mezclar su sangre con la de los Borbones, queria que fuese la suya y no la de su esposa, aunque la tuviese gran afecto.

Aun sin este incidente, Napoleón hubiera concluido probablemente por preferir el partido mas decisivo, es decir, el destronamiento de los Borbones: de todos modos, ya no tenía la elección. La única solución que le restaba, era derribarlos para sustituirlos con un individuo de su familia; pero lo que mas le embarazaba, era buscar un pretexto para destronarlos, sin ofender profundamente la opinión pública de España, de Francia y de Europa. No pudiendo encontrarlo en la abyecta sumisión del gobierno español á su voluntad, lo esperaba de los acontecimientos. Las divisiones de la corte, el escandaloso furor de la reina y del favorito, el ódio que profesaban al heredero de la corona, y el que ellos le inspiraban, la impaciencia

que revelan mucho talento, pero que sin duda estaba mal informada, ha dicho que la hija del príncipe Luciano no fué á París, y que la negativa de éste fué origen de grandes acontecimientos, porque obligado Napoleón á renunciar desde entonces á unirse á los Borbones de España, pensó en destronarlos. Esto asercion no es exacta. La hija de Luciano fué á París, y no permaneció allí por el incidente que acabo de referir, cuyos pormonores he sabido por un individuo de la familia imperial, testigo presencial de la escena de que he hecho mencion, y por un personaje individuo de las asambleas legislativas, nombrado para acompañar á Italia á la princesa, (mision que se negó á aceptar).

de la nacion pronta á estallar, todas estas pasiones, que se aumentaban de hora en hora, podian producir una esplosion repentina, y dar márgen al deseado pretexto. Era, ademas, bien fácil conocer, que la sucesiva introduccion de las tropas francesas en España, contribuia mucho á aumentar la exaltacion de los ánimos; por las esperanzas que inspiraban á algunos, los temores que infundian á otros y la expectativa en que se encontraban todos, lo cual tal vez provocaria un desenlace. De este conjunto de causas podia tambien originarse un resultado que hubiera convenido mucho á Napoleon: la fuga de la familia real de España, imitando á la de Portugal, y marchando, como ella, á buscar un asilo en América. Semejante fuga hubiera dejado á Napoleon la mas completa libertad de accion, entregándole un trono vacante, que tal vez la nacion española en su indignacion contra los fugitivos, se apresuraria á ofrecerle por sí misma. Esta nueva emigracion de una dinastia europea á América, llegó á ser desde aquel instante la solucion en que se fijó, como la menos odiosa y repugnante para el público civilizado. El modo mas seguro de conseguir aquel resultado, era aumentar el número de las tropas francesas en España, envolviendo sus intenciones en el mas profundo y misterioso velo. No se descuidó en hacerlo así. Obligado á contestar á las dos cartas de Carlos IV, que le pedia la mano de una princesa francesa para Fernando, y la publicacion del tratado de Fontainebleau, respondió á la primera, que su casa tenia á mucho honor el deseo manifestado por la familia real de España, pero que sin embargo, antes de esplicarse, necesitaba saber, si el

principe de Asturias, perseguido recientemente como reo de estado, habia vuelto á recobrar la gracia de sus augustos padres, porque nadie quiere, decia; *emparentar con un hijo deshonorado*. A la segunda contestó, que los asuntos de Portugal no se hallaban todavia bastante adelantados para dividir la administracion, y particularmente el mando militar, á presencia de los ingleses próximos á desembarcar: que no convenia agitar el espíritu de los pueblos con la revelacion prematura de la suerte que les aguardaba; y por todas estas razones debia suspenderse todavia algun tiempo la publicacion del tratado de Fontainebleau. Mr. de Vandeuil, agregado á la legacion francesa, fué el encargado de entregar aquellas dos cartas tan ambiguas, sin añadir ninguna explicacion que pudiese disminuir su oscuridad. A aquella misteriosa conducta, añadió Napoleon otro aumento de fuerzas en la Peninsula.

Ya hemos visto con cuanto esmero se dedicaba á organizar los cuerpos destinados á España, sin debilitar los ejércitos de Alemania é Italia. En efecto, habia compuesto el ejército de Portugal con los campos de las costas de la Bretaña y de Normandía; el ejército del general Dupont, llamado *cuerpo de la Gironda*, con los tres primeros batallones de las cinco legiones de reserva, y ademas algunos batallones suizos ó parisenses; el ejército del mariscal Monecy, llamado *cuerpo de observacion de las costas del Océano*, con doce regimientos provisionales sacados de los depósitos del grande ejército: la division de los Pirineos Occidentales destinada á Pamplona, con algunos batallones que habian quedado en los antiguos campos



de Bretaña y Normandía; y por último, la division de los Pirineos Orientales, con los regimientos italianos ó napolitanos que no habian servido en Alemania, y que dejaba disponibles el regreso del ejército de Italia. Mandó reforzar estas dos últimas divisiones, y que se crease además una reserva general para todos aquellos cuerpos.

Aumentó la division de los Pirineos Occidentales, agregándola los cuartos batallones de las cinco legiones de reserva, cuya organizacion se concluía en aquel momento. Componíase dicha fuerza de tres mil hombres, que unidos á los tres ó cuatro mil que por San Juan de Pie de Puerto se dirigian á Pamplona, debian formar una division de seis ó siete mil, suficiente para ocupar aquella plaza y vigilar el Aragon. Se puso á las órdenes del general Merle, y el de igual clase Mouton, que habia sido en un principio nombrado su comandante, recibió el encargo de ir á inspeccionar los demas cuerpos de ejército. Napoleon reforzó la division de los Pirineos Orientales, compuesta de italianos, agregándola batallones provisionales, sacados de los depósitos franceses colocados entre Alejandría y Turin, que abundaban en conseriptos ya instruidos. Esta nueva division francesa debia constar de cinco mil hombres, y unida á la division italiana de seis ó siete mil, que mandaba el general Lechi formar á las órdenes del general Duhesme un cuerpo muy suficiente para Cataluña.

En cuanto á la reserva general, Napoleon organizó en Orleans la infantería y en Poitiers la caballería. Para ello recurrió al mismo método que habia empleado cuando compuso el cuerpo del mariscal Monecy, y reunió en Orleans nuevos bata-

llones provisionales sacados de los depósitos que todavía no habian suministrado destacamentos para España. El general Verdier debia mandar estos seis nuevos regimientos provisionales de infantería, señalados con los números desde el 43 al 48. Napoleon reunió en Poitiers cuatro nuevos regimientos provisionales de caballería, sacados igualmente de los depósitos, y que presentaban tres mil ginetes de todas armas, coraceros, dragones, húsares y cazadores, á las órdenes de un general de caballería de extraordinario mérito, el general Lasalle. Restituyó al campo de Boloña, á la guarnicion de París, y á los campos de Bretaña, los diez antiguos regimientos que habia sacado del grande ejército, lo cual le proporcionaba en caso de necesidad nuevos recursos de escelente calidad. En fin, dirigió secretamente á Burdeos algunos destacamentos de la guardia imperial de infantería, caballería, y artillería, bien convencido de que no tardaria en tener que presentarse en España para acelerar el desenlace que deseaba. Calculando en veinte y cinco mil hombres el cuerpo del general Dupont, en treinta y dos mil el del mariscal Monecy, en seis ó siete mil la division de los Pirineos Occidentales, en once ó doce mil el cuerpo de los Pirineos Orientales, en diez mil las dos reservas de Orleans y de Poitiers, y en dos ó tres mil las tropas de la guardia, resultaba un total de mas de ochenta mil hombres destinados á España, sin contar el ejército de Portugal, el cual hacia subir á mas de cien mil el número de soldados que debian operar en la Península. Pero eran tan jóvenes, y estaban tan poco acostumbrados á las fatigas, que naturalmente debian espermentarse considerables bajas.